

ALEX BEER

EL SEGUNDO JINETE

Traducción:

MARC JIMÉNEZ BUZZI



MAEVA | NOIR

*Tiene un brazo muy largo la guerra.
Se cobra sus víctimas
mucho después de su fin.*

MARTIN KESSEL

1

Viena, noviembre de 1919

—¡JOST! ¡CABO JOST! —se oyó entre la maleza, pero él no hizo caso de la llamada. Sabía que no había ninguna persona viviente que deseara hablar con él. La voz solo existía dentro de su cabeza. Junto con todas las demás.

Aunque ya hacía un año que había terminado la guerra, los recuerdos de esa época no desaparecían. Cuando cerraba los ojos, los veía tan claros ante él como si todo hubiera ocurrido ayer: los muertos, los moribundos, los mutilados. Aún tenía en la nariz el olor del sudor frío mezclado con el humo de las granadas, pero, sobre todo, le retumbaba incesantemente en los oídos el estruendo de los combates: las órdenes a gritos, el fuego graneado, las detonaciones, los aullidos de dolor. Habían encontrado un nuevo hogar en su cabeza y se habían adueñado de su cuerpo.

No, no había regresado de los campos de batalla de Galitzia.

Dietrich Jost se miró las manos, que le temblaban incontroladamente, y luego se miró los pies, que le costaba mucho mover por aquel terreno impracticable. Antes de la guerra había gozado de una buena posición como cuidador de animales, pero ahora no era nada. Una víctima de la neurosis de guerra que no podía dejar de temblar. Un tartamudo. Un tullido lastimoso que tenía que vivir en el asilo de vagabundos y mendigar para comer. Traicionado por su país, al que se lo había dado todo. Los funcionarios lo clasificaron como neurótico, como simulador histérico, para

no tener que pagarle la pensión de los mutilados de guerra. ¿Valía más una pierna amputada que un alma rota?

—¡Jost! ¡Cabo Jost!

Se adentró en el bosque, con las rodillas temblorosas pero con paso resuelto, dejando atrás el estrecho sendero por el que iba andando y abriéndose camino entre la maleza. Por allí tenía que estar la cabaña de cazadores donde lo esperaban el dinero y los papeles con los que conseguiría un billete para la travesía de Trieste a Santos. Eran su salvoconducto para una nueva vida en ultramar. Brasil sería su salvación. El rugido del mar acallaría las voces de su cabeza y el sol desteñiría todas aquellas imágenes espantosas.

En la oficina de la agencia de emigración había visto fotografías de mujeres hermosas con niños mofletudos en las caderas redondeadas y una sonrisa en los labios. Encontraría una mujer y dejaría su antigua vida detrás del horizonte. En Viena, ese lodazal.

El emperador se había exiliado, los países de la corona se habían separado y Austria ya no era más que un resto deplorable que apenas si estaba en condiciones de vivir. Exactamente igual que sus habitantes. Había carencia de todo: de comida, de carbón, de jabón, de ropa. Las personas pasaban hambre, se helaban de frío y apestaban. Andaban a palos por un trozo de carne de caballo podrida o unas cuantas patatas mohosas, y tenían que compartir sus camas con las pulgas. La falta de trabajo y medicamentos propagaba los crímenes y las enfermedades.

La otrora brillante capital del imperio se había convertido en un sórdido Moloch del que él pronto escaparía. Había muerto en Galitzia y resucitaría en Brasil.

—¡Jost! ¿Estás sordo o qué?

Ahora la voz sonó muy cerca. A su lado. Y era real. Tan real como el frío acero del cañón de la pistola que le apretaba la sien.

—Ppp... por faaa... Por favor, nnn... no —tartamudeó Jost.

—Me han dicho que quieres ir a un lugar más bonito. Y yo voy a ayudarte a llegar hasta allí.

Una fuerte detonación desgarró el silencio del bosque y las voces de la cabeza de Jost enmudecieron para siempre.

2

EN EL TRANVÍA que llevaba del centro de Viena hacia Hütteldorf, el inspector de sección August Emmerich se cubrió la cara con la gorra de visera, cruzó los brazos sobre el pecho y se reclinó en el asiento. Estaba cansado, lo que no era nada extraño habida cuenta de lo tarde que era y de que la noche anterior apenas si había pegado ojo. Los hijos de Luise, una mujer que había perdido a su marido en la guerra y con la que ahora él vivía, estaban siempre enfermos, puesto que no había bastante dinero para calentar la casa. Tosían con violencia y se pasaban el día llorando. Tres personitas que habían escogido una mala época para nacer. Aunque, bien mirado, ¿había alguna buena época para nacer?

Notó que le pesaban los párpados y los cerró por unos breves instantes, disfrutando de aquella agradable temperatura. Desde hacía poco tiempo se calentaban los tranvías con la electricidad de la línea aérea de contacto, y ese día el revisor se mostraba especialmente benévolo, sabedor de que a la mayoría de los pasajeros les esperaba una cama fría en un piso igualmente frío. El carbón era escaso y encender la estufa, un lujo que muy pocos se podían permitir. Por eso eran tan de agradecer aquellos recessos de calor.

Emmerich bostezó y apoyó la cabeza contra la ventanilla, detrás de la cual pasaba el Casino Baumgarten, con esa fachada suntuosa que evocaba mejores tiempos. ¿Qué sorpresas le

depararía la noche? Lanzó una mirada a Veit Kolja, el hombre al que le seguía el rastro desde hacía más de tres meses y que ahora iba sentado dos filas delante de él. Dependía solamente de él, del inspector Emmerich, que se pudiera desbaratar el negocio del malhechor, y la noche pintaba bien. Kolja llevaba un gran saco de yute en el regazo, y Emmerich tenía la esperanza de que se dirigiera a uno de sus almacenes.

Había escasez de comida, ropa y medicamentos, y Kolja era uno de los que sacaban provecho de la necesidad de la gente. Era el jefe de una banda de contrabandistas que escondía provisiones en lugares secretos y las cambiaba por oro, joyas y otros objetos de valor.

Cuando este tiempo de penurias y privaciones terminara por fin, Kolja sería inmensamente rico o bien, si Emmerich se salía con la suya, estaría en la cárcel. En el calabozo más recóndito, lóbrego y húmedo. Para siempre. Porque ¿había algo más vil que enriquecerse a costa del sufrimiento y la penuria?

En las semanas anteriores había hecho todo lo posible por echar el guante a Kolja y sus compinches. Los había seguido y observado, había estado de plantón bajo la lluvia y el frío, incluso había untado a algún que otro informante. Había sido difícil y agotador, pero había valido la pena. Estaba muy cerca. Lo sentía. La disolución de la banda de contrabandistas y la detención de los responsables eran inminentes, y con ello también lo sería su promoción... Si nada lo impedía en el último momento. O, mejor dicho, nadie. Pues su nuevo superior, el inspector de división, Leopold Sander, un antiguo oficial del Ejército Imperial y Real condecorado, con un gran conocimiento de la guerra pero sin la menor idea del trabajo policial, había tenido la brillante idea de asignarle un ayudante: Ferdinand Winter, un novato que acababa de terminar su formación y le estorbaba más que otra cosa.

Winter, que iba sentado a su lado, por supuesto vestido de paisano, como el propio Emmerich, lo ponía todo en peligro con su mera presencia. Irradiaba un aura de nerviosismo. No paraba de mover las piernas y tamborileaba con los dedos en el asiento de madera, como si tratara de mandar un caótico código morse a la noche. Estaba llamando la atención de los demás pasajeros, la mayoría de ellos trabajadores de fábricas que volvían a sus casas después de una jornada larga y agotadora. Un exceso de energía como el que Winter manifestaba en ese momento no pasaba inadvertido. Y llamar la atención era lo último que había que hacer cuando se seguía a un sospechoso.

—Tranquilízate —susurró Emmerich, que se negaba a llamar de usted al novato. El respeto era algo que uno debía ganarse. Le lanzó al joven una mirada irritada.

Winter tenía unos ojos grandes de un azul intenso, pelo rubio brillante, piel inmaculada y manos suaves. Siempre hablaba de manera distinguida. Gente así no estaba a la altura de aquel trabajo. Gente así no estaba a la altura de aquella época. Emmerich había conocido a chicos tiernos y delicados como Winter en el orfanato donde había pasado la infancia. Cuanto más buenos y cándidos eran, menores eran sus posibilidades de sobrevivir.

Ferdinand Winter era sin duda uno de ellos. Uno de los buenos y cándidos. Por lo que le habían dicho, era además el hijo mimado de una rica familia vienesa cuyo dinero ya no valía nada. La inflación recogía las migajas que había dejado la guerra, de modo que al joven no le había quedado más remedio que enfrentarse a la realidad. Lo cual no era nada malo en principio, pensaba Emmerich, siempre que no tuviera lugar en su ámbito de competencias.

—Satzberggasse —anunció la penúltima estación el revisor, pero Kolja no se movió de su asiento. ¿Adónde iría el canalla?

—¡Cálmate de una vez! —susurró Emmerich, viendo que Winter volvía a inquietarse—. Vamos a la periferia, no al frente.

—Hütteldorf, Bujattigasse —gritó el revisor al poco rato—. Última estación. Bajen todos, por favor.

Los pasajeros que quedaban en el tranvía se fueron levantando despacio y de mala gana. El receso de calor había terminado, y afuera les esperaba la vida.

Los dos policías se pusieron en la fila que descendía a la plataforma posterior del tranvía a través de la puerta corredera y de allí bajaba dos peldaños hasta la calle. Acto seguido los pasajeros se dispersaron en todas direcciones.

Emmerich se quedó atrás y agarró a Winter por el hombro para impedirle que se pegara demasiado a Kolja.

—Despacio —le dijo cuando el sospechoso se hubo alejado lo suficiente—. Este tipo es un profesional. Lo mejor es que te mantengas tres pasos detrás de mí.

A una distancia prudencial, siguieron a Kolja, que se dirigía directamente a la fonda Prilisauer, para satisfacción de Emmerich. No le vendría nada mal una copita de aguardiente. Incluso tomaría con gusto dos.

Pero el contrabandista tenía otros planes. Poco antes de llegar a la fonda torció a la izquierda, atravesó el parque Ferdinand Wolf siguiendo la orilla del Halterbach hasta su desembocadura en el río Viena, cruzó el puente Bräuhausbrücke y, girando a la derecha, dejó tras de sí cualquier rastro de civilización.

—¿Tiene algún problema? Veo que cojea —dijo Winter a su espalda, en una voz casi demasiado alta. Emmerich se hizo el sordo—. Aquí no hay más que bosque —constató innecesariamente Winter, y Emmerich tuvo que contenerse para no cerrarle el pico allí mismo.

—Espérame aquí —le ordenó cuando vio que Kolja trepaba el muro deteriorado que rodeaba el llamado Lainzer Tiergarten, una extensa zona de la parte oriental del Bosque de Viena—. Y no te muevas de aquí. —Se sentía más como una niñera que como un inspector de sección de primera clase.

—Está bie... —empezó a decir Winter, pero se calló y apretó los labios.

Emmerich asintió con la cabeza. Por lo menos el muchacho aprendía rápido.

Examinó su arma, una pistola de repetición Steyr, se aseguró de tener a mano su puño de acero y saltó el muro. Cuando cayó al otro lado, le costó un gran esfuerzo reprimir un gemido de dolor. Desde la batalla de Vittorio Veneto llevaba incrustada en la pierna derecha una esquirla de granada que era un tormento constante. En los últimos días lo había hecho sufrir como nunca. Los médicos le habían diagnosticado artrofibrosis. Una palabra elegante para un estado lamentable.

Emmerich se masajó la rodilla, que con la cicatrización del tejido conjuntivo se iba volviendo cada vez más rígida, se enderezó y se apoyó en el muro. Menos mal que le había ordenado a Winter que no lo siguiera. Nadie debía saber nada de su minusvalía, y el chico ya sospechaba algo. No se podía permitir que lo transfirieran al servicio interno por incapacidad. Ahora que tenía a Luise y sus hijos a su cargo, necesitaba los suplementos de investigación. Acababa de cumplir treinta y seis años y no quería ni pensar en que tuviera que pasar el resto de su carrera como alguacil. No estaba hecho para eso. Él era agente de policía. Él cazaba delincuentes, y los cazaba en la calle, no sobre el papel. Además, no estaba dispuesto a renunciar a su gran objetivo: formar parte del departamento de Homicidios. Los hombres que trabajaban allí, bajo las órdenes del célebre Carl Horvat, eran la élite del sistema policial. Investigaban todos los homicidios o delitos graves contra la integridad física de las personas. Desde que tenía uso de razón quería ser uno de ellos, y ahora que estaba tan cerca no iba a dejar que nada se lo impidiera. Ni siquiera su pierna.

Emmerich agarró su amuleto, un dije de plata que colgaba de un collar de cuero, apretó los dientes y se metió en el bosque

cojeando. Por suerte, Kolja había encendido una linterna que lo guiaba y, gracias a Dios, la persecución no duró mucho. A los pocos metros, la luz dejó de moverse, y Emmerich tomó posición detrás de un árbol voluminoso. ¿Qué buscaba allí el contrabandista? En toda esa zona no había un búnker ni nada parecido que pudiera servir de almacén.

Kolja se puso a silbar una canción, dejó el saco en el suelo y sacó algo de él. Un hacha.

A Emmerich se le contrajo el estómago. Pero no por el miedo o el hambre, sino porque comprendió qué era lo que Kolja había ido a hacer allí. Nada relacionado con sus turbios negocios: había ido a por leña.

Cuando Kolja clavó el hacha en un haya delgada, el decepcionado Emmerich aprovechó para regresar sigilosamente.

—Falsa alarma —refunfuñó, aupando sobre el muro su pierna dolorida—. ¿Winter? —El chico no estaba donde debía estar—. ¿Winter?

Desde lo alto del muro, Emmerich barrió toda la zona con la mirada. Supo desde el primer momento que su nuevo ayudante le traería disgustos. ¿Qué debía hacer ahora? El maldito novato... ¿Dónde se había metido?

Un grito a su espalda respondió a su pregunta.

—¡Winter!

Emmerich bajó del muro de un salto, ignorando el fuerte dolor que sintió en todo el cuerpo, y se adentró en la noche oscura, iluminada por la débil luz de la luna.

¿Acaso Kolja no había ido solo? ¿Habrían descubierto los contrabandistas al inexperto Winter y se lo habrían llevado? ¿Lo habría atacado algún animal? ¿O se habría unido a otros recolectores de leña?

Un bache hizo tropezar a Emmerich, interrumpiendo el curso de sus pensamientos. Manoteó en el aire, pero no encontró nada a lo que agarrarse y cayó de bruces en el barro.

El olor de la tierra y el sabor metálico de la sangre en su boca desencadenaron una cascada de recuerdos. El temblor de la tierra, el retumbar de los cañones, los cascos saltando en pedazos y el conflicto más espantoso de todos, el que enfrentaba el instinto de supervivencia a la fuerza de mando. Tuvo que hacer un esfuerzo para dominarse. Tenía que zafarse, levantarse, seguir adelante. No rendirse nunca. No capitular jamás.

Se asustó cuando de repente alguien lo agarró del brazo y lo levantó.

«Maldita sea, Winter», quiso gritar cuando vio de quién se trataba, pero se contuvo al observar que el joven tenía las manos manchadas de sangre.

—¿Qué ha pasado?

Winter se volvió y señaló hacia la linde del bosque.

—Tiene que verlo.

Después de cerciorarse de que su nuevo ayudante estaba indemne, Emmerich se sacudió el barro del pantalón, se recolocó la gorra y escuchó atentamente. Silencio. Kolja había terminado su tarea.

—¿De qué se trata? —preguntó en voz baja.

Winter le indicó que lo siguiera y echó a andar en dirección a la maleza, aunque no hacia donde había ido Kolja.

El chico andaba deprisa, a grandes zancadas. No lo estorbaban ni el terreno irregular ni las ramas bajas. Andaba siempre adelante, adentrándose cada vez más en la maleza, hasta que la vegetación se hizo tan densa que no se veía nada a dos palmos.

A Emmerich le costaba seguir aquel ritmo, pero se resistía a pedirle a su ayudante que no fuera tan rápido. Sintió un gran alivio cuando Winter por fin se detuvo.

—¿Qué ocurre?

Por toda respuesta, Winter se puso a mirar a su alrededor, como buscando algo.

—¿Puedo? —preguntó, mostrando una pequeña linterna.

Tras pensarlo un momento, Emmerich asintió con la cabeza. Si se encontrasen con Kolja o con alguna otra alma humana, diría que eran dos pobres en busca de leña para sus estufas.

Winter encendió la linterna y empezó a barrer el suelo del bosque con la luz.

—Tiene que estar por aquí —dijo—. Oí ruidos y fui a ver si usted tenía algún problema...

—¿Si yo tenía algún problema? —lo interrumpió Emmerich. Winter asintió con la seriedad de un niño.

—Y entonces tropecé con una raíz y caí encima de él.

—¿Encima de quién?

—De él.

El cono de luz al fin se detuvo y, como si de un foco de teatro se tratara, alumbró una escena horrible. El protagonista del escenario macabro era un hombre muerto con el rostro pálido enmarcado por dos hilos de sangre de una naturaleza que recordaba más al alquitrán que a la savia de la vida. Viscosa, pegajosa y apestosa.

—¿No has visto nunca un cadáver? —preguntó Emmerich al ver la cara de Winter, más pálida aún que la del muerto. Era una pregunta retórica, y casi se atragantó cuando el joven negó con la cabeza. El agente de policía Ferdinand Winter debía de ser la única persona del país que nunca había visto un cadáver. —¿Dónde diablos has pasado los últimos cinco años? —Esta vez la pregunta no era retórica.

—En la Oficina de Correos y Telégrafos Imperial y Real.

Emmerich no hizo ningún comentario, le quitó la linterna a su ayudante sin decir ni una palabra, se arrodilló y alumbró el cadáver de los pies a la cabeza: los zapatos maltrechos, de suelas finísimas, los pantalones gastados, la cuerda que servía de cinturón, el revoltijo de parches y agujeros en que se había convertido la chaqueta, los ojos vidriosos que parecían mirar fijamente

a lo lejos. Una mirada a la eternidad que Emmerich conocía muy bien: a lo largo de su vida la había visto muchas veces.

En la sien derecha tenía el agujero de la bala y en la izquierda, una gran herida de salida. Emmerich dio un paso atrás, examinó el suelo alrededor del cadáver y encontró lo que esperaba: un arma. Para ser exactos: una Steyr M1912, la pistola estándar del Ejército Imperial y Real.

Registró la ropa del hombre con sus manos expertas, guardó la pistola y se dirigió a Winter.

—Ya está visto —dijo—. Volvamos a la ciudad.

—Pero... —empezó a decir el ayudante, pero Emmerich ya dirigía sus pasos hacia la parada del tranvía—. No podemos dejarlo aquí tirado. Tenemos que hacer algo.

Emmerich reprimió un suspiro.

—No querrás transportarlo en el tranvía, ¿verdad? Si te parece, ve a por él. Compraremos tres billetes.

Winter se quedó mirando el suelo, con aire de perplejidad.

—Lo siento —dijo—. Todavía me queda mucho que aprender.

—Lo mejor es que empecemos por esto. —Emmerich se sacó del bolsillo del pantalón una pequeña tarjeta marrón en la que estaba anotado el número 165—. La llevaba el muerto. Si logramos averiguar su identidad, informaremos a sus parientes, y mientras tanto los policías de la comisaría se encargarán del cadáver.

Winter no tuvo que abrir la boca; su mirada lo decía todo. No había visto en la vida una tarjeta como aquella, de modo que Emmerich le dio la vuelta para mostrarle el sello estampado en el dorso.

Asociación de Asilos de Viena

18 de nov. 1919

—El 165 es el número de la cama. ¿Ves estos agujeros? —Emmerich señaló el borde de la tarjeta—. Se la han picado cinco veces, lo que significa que el difunto ha pasado cinco noches allí. Es el máximo. No les dejan quedarse más tiempo.

—¿Cree que por eso se ha...?

—¿... volado los sesos? —Emmerich asintió—. Por eso y por otras mil razones. Pobre desgraciado. Quién puede reprochárselo. —Se frotó la pierna tan discretamente como le fue posible y miró hacia la ciudad, donde por fin se veían los faros de la línea 49. Ojalá el revisor hubiera vuelto a encender la calefacción, pues el frío se le había metido en los huesos cansados.

El inspector no se vio defraudado y por segunda vez en ese día pudo disfrutar de un momento de calor.

—Despiértame cuando tengamos que bajar —dijo, antes de recostarse y taparse la cara con la gorra.

—¿Adónde vamos exactamente?

—Primero a la comisaría, después al asilo de vagabundos.

—¿Y luego?

—Luego habremos terminado con él y podremos volver a ocuparnos de los contrabandistas.

Emmerich cerró los ojos y no tardó nada en quedarse dormido.

3

LOS AGENTES DEL cuerpo de la policía estaban distribuidos entre las veintidós comisarías de distrito del cuerpo de guardias de seguridad, puesto que colaboraban directamente con los guardianes del orden uniformados. Como se pasaban la mayor parte del tiempo trabajando en la calle, los agentes de rango inferior no disponían de oficinas propias, sino que trabajaban en las grandes mesas de las salas de guardia.

—A ver si aplican de una vez la maldita reforma administrativa y nos conceden una oficina para nosotros —exclamó Emmerich al ver sentado nuevamente en su lugar de trabajo al agente Rüdiger Hörl, un cincuentón regordete con media calva que esa noche estaba de guardia—. Ya puede ponerse esto. —Agarró de la mesa la chaqueta caqui del uniforme de Hörl y su gorra de plato marrón y se las lanzó—. En el Bosque de Viena hay un cadáver que hay que llevar al instituto forense.

—El Bosque de Viena es muy grande. ¿Tengo que registrar quinientos kilómetros cuadrados al buen tuntún? Es en Pascua cuando se buscan los huevos en el bosque. —Hörl no parecía especialmente contento con que Emmerich le llevase trabajo.

—Cruce el puente Bräuhäusbrücke, luego gire hacia la derecha, salte el muro del Lainzer Tiergarten y adéntrese unos doscientos metros en la maleza.

—Venga, hombre —refunfuñó el policía—. No soy transportista de fiambres. Y menos de los fiambres que se han colgado.

—Se ha pegado un tiro, no se ha ahorcado —objetó Winter.

—Peor aún. Más porquería. Además, tengo trabajo. —Hörl señaló un banco donde había dos mujeres sentadas, mirando el suelo—. Tengo que ocuparme de las damas.

—¿Qué han hecho? —Winter observó a las dos señoras, que iban bien vestidas y parecían bien alimentadas. No parecían carteristas ni prostitutas.

—¿Pues qué va a ser? Querían sacarse un extra. En estos tiempos, no solo hacen la calle las mujeres pobres y analfabetas. También las señoras elegantes van aprendiendo poco a poco que la vida no es una ganga. ¿Verdad? —gritó hacia las mujeres, que se pusieron coloradas y bajaron aún más la cabeza.

—Deje que se vayan —propuso Emmerich—. Un par de prostitutas ocasionales son la menor de nuestras preocupaciones.

—Eso lo dirá usted —Hörl se dirigió a Winter—. Si les tienes aprecio a tus huevos, no te dejes seducir por ellas. Ve con las oficiales. Las clandestinas no pasan la revisión médica. Irse con esas es como jugar a la ruleta rusa.

Obsequió al joven con la mirada satisfecha del maestro que acaba de prodigar a su discípulo una lección importante para la vida.

La incomodidad de las dos mujeres era casi palpable.

—Señoras, pueden irse. —Emmerich abrió la puerta y se dirigió al agente Hörl—. Usted también. Y vaya al Bosque de Viena. Y espero que la próxima vez que hable con mujeres muestre mejores modales.

—Gracias —le dijo en voz baja una de las dos mujeres, antes de desaparecer en la fría noche.

Hörl meneó la cabeza.

—Es el tipo más duro que conozco, pero con las putas se vuelve un caballero —le susurró a Winter—. Mejor que te acostumbres.

—¿Y a qué se debe?

El policía soltó una fuerte carcajada.

—Nadie comprende a Emmerich. A eso te acostumbrarás enseguida.

«ESPERO QUE NO tenga que acostumbrarme al asilo de vagabundos», pensó Winter cuando llegaron al edificio situado en Blattgasse.

Delante de la gran puerta se había congregado un pelotón de hombres de todas las edades que comprendía desde el muchacho lampiño hasta el anciano encorvado. Debían de ser varios centenares, y la mayoría de ellos no llevaba gorra ni guantes ni chaqueta de invierno. Temblando de frío, esperaban que los dejaran entrar. Se apretujaban para protegerse del viento helado que llegaba con el olor de la nieve.

Cuando por fin se abrió una hoja de la puerta y un hombre barbudo asomó la cabeza por el resquicio, el conglomerado de cuerpos helados y extenuados retrocedió en una oleada.

—¡Las tarjetas! —gritó el barbudo—. No voy a hacer ninguna excepción.

Al momento se alzaron en el aire pequeñas licencias marrones y distintos individuos avanzaron arrastrando los pies ante la mirada de envidia de los que no tenían tarjeta. El director del asilo perforaba el valioso pedazo de papel y dejaba entrar a los afortunados.

Por fin les llegó el turno a Emmerich y Winter.

—Alto, alto. No tan deprisa. —El director les cortó el paso con su cuerpo fornido—. Esta tarjeta ya no vale. Hay cinco noches, hoy no pueden entrar.

—Mi tarjeta vale todas las noches. —Emmerich sacó su identificación—. No buscamos problemas, solo hemos venido a hacer unas cuantas preguntas.

—¡Anda! —exclamó el barbudo—. Unos polizontes que no buscan problemas... Esto sí que es una novedad. —Emmerich se puso en jarras y lo miró fijamente a los ojos. El hombre volvió la cabeza, contempló las míseras figuras que esperaban para entrar y suspiró—. No tengo elección, ¿verdad?

Emmerich se ahorró la respuesta, apartó al director y entró en el edificio arrastrando a Winter.

—¿Tarjetas? ¿Alguien más que tenga tarjeta? ¿Nadie? Entonces voy a repartir las nuevas —oyeron que gritaba el hombre a sus espaldas, desencadenando riñas y peleas.

Winter se volvió horrorizado, pero Emmerich lo arrastró hacia el interior del asilo.

—Se están pegando por las plazas libres —dijo secamente—. No nos importa.

Antes de que Winter pudiera pensar en las pobres almas de la calle, les salió al paso un hombre enjuto, seguramente uno de los vigilantes.

—¡Eh!, vosotros dos, no corráis tanto. ¿Ya habéis pasado el control de insectos? —Les lanzó una mirada de desprecio—. No me metáis aquí vuestros piojos u otros bichos aún peores, chusma miserable.

Emmerich le plantó delante de la cara su insignia adornada con el águila federal.

—Este es el único bicho que llevamos encima.

Al ver el águila, el vigilante perdió todos sus bríos.

—Distinguido señor inspector —dijo, con una leve reverencia—. Estoy enteramente a su disposición.

—Me encanta esta gente. Abusones con los de abajo y sumisos con los de arriba. —Emmerich dirigió al hombre una mirada de aborrecimiento. Los que llegaban a ese sitio en busca de cobijo tal vez tuvieran un aspecto repulsivo, pero le eran mil veces más simpáticos que un adulator como aquel—. ¿Qué sabes del hombre que ha pasado las últimas cinco noches en el número 165?

—¿165? Ni idea. No les preguntamos cómo se llaman ni de dónde vienen. No les preguntamos nada. Y aunque lo hiciéramos... Tenemos doscientas camas y cambian de ocupante cada cinco días. ¿Cómo voy a fijarme en nadie o en nada?

Emmerich quedó convencido.

—¿Dónde está la cama 165?

El vigilante se lo indicó. Cuando entraron en el dormitorio, los envolvió un aire rancio y sofocante.

Mientras Emmerich se adentraba en la sala con total impasibilidad, a Winter se le cortaba visiblemente la respiración.

—Quizá deberíamos preguntar al director —propuso.

El ayudante tenía todas las trazas de querer salir de allí a toda prisa. Desde el final de la guerra el mundo se había vuelto un lugar inhóspito, pero no debía de parecerle tan malo en comparación con aquel asilo.

—Ya has oído lo que ha dicho el vigilante: aquí no se toman datos personales. Les dan a los vagabundos una cama y una comida caliente. Todo lo demás no le interesa a nadie. Si alguien puede saber algo, son los otros indigentes.

Recorrieron el dormitorio, una sala larga y estrecha con quince camas dispuestas en las dos paredes, separadas por menos de un brazo de distancia. Estaba tan oscuro que costaba distinguir los números escritos sobre la cabecera.

—Aquí. —Emmerich señaló una cama vacía, se detuvo un momento ante ella y se sentó. La comodidad brillaba por su ausencia. Por todo colchón no había más que dos mantas sucias y mugrientas sobre un enrejado metálico extendido en un armazón de hierro. Y una almohada dentro de una funda azul estampada, con un brillo de grasa que se veía incluso a la débil luz que reinaba en aquel lugar. Emmerich volvió a levantarse.

—¿Pueden prestarme un momento de atención? —gritó, aunque no logró arrancar más que un bostezo a los hombres que

haraganeaban en las otras camas—. Necesitamos información sobre el hombre de la cama 165.

—Ha *bajao* a por nuestra sopa —se oyó decir a una voz.

—Buscamos información sobre un hombre que supuestamente ha pasado las últimas cinco noches en la cama 165 —se corrigió Emmerich—. ¿Alguien sabe su nombre?

De nuevo, solo bostezos, toses y murmullos apenas perceptibles.

El reloj de la cercana iglesia de Weissgerber dio ocho campanadas, y los presentes parecían más interesados en el paradero de su sopa que en el ruego de los dos policías.

Emmerich escarbó en sus bolsillos, sacó una cajetilla de tabaco medio llena y la sostuvo en alto a la vista de todos.

—Ah, ahora me acuerdo —dijo el hombre de la cama de al lado.

—Yo también —gritó el de la cama de enfrente—. Yo he *pasao* aquí las dos últimas noches, he *hablao* con él.

—Su nombre empieza por D —intervino otro.

Luego volvió a reinar el silencio.

Emmerich lo había comprendido. Rebuscó en sus bolsillos y sacó un paquete de papel de fumar y un billete.

Silencio expectante. Los hombres se miraron entre ellos con desconfianza y luego clavaron una mirada de codicia en Emmerich, que empezó a liarse un cigarrillo.

—Pst —susurró uno—. Que pague un poco más.

—Cuanto más tardéis, menos quedará. —El inspector encendió un cigarrillo, le dio un par de fuertes caladas y exhaló una nube de humo.

—Dietrich Jost —gritó por fin el hombre de la cama de al lado, cosechando insultos y maldiciones.

—¡Ya lo ves! Esto funciona. —Emmerich le indicó a Winter que lo anotara.

—Combatió en Galitzia —gritó otro—. Tres años.

—Antes de la guerra era cuidador de animales.

—Pero después ya no podía trabajar, porque tenía los nervios *destrozaos*.

—Y su novia también lo dejó. No soportaba tanto tembleque.

—El hombre de la cama contigua alargó el brazo y lo agitó con fuerza—. Dormir a su *lao* era una lata.

—¿Era un neurótico de guerra? —preguntó Emmerich.

—¡Y que lo diga! —contestaron al unísono.

Emmerich conocía a muchos hombres que habían regresado del frente con vida, pero sin el control de su cuerpo. Los miembros se les estremecían compulsivamente y a menudo tenían dificultades para hablar.

—En su estado, ¿habría sido capaz de cargar una pistola y disparar?

—Fijo que no —dijo el hombre de enfrente, y todos los demás asintieron.

Emmerich se lio otro cigarrillo, haciendo caso omiso de las protestas de todos los presentes. Tenía que pensar. ¿De verdad era posible que Dietrich Jost no se hubiera suicidado?

—¿Sufría por su situación?

—¿Que si sufría? —El hombre de la cama contigua fijó la mirada en el billete y los utensilios de fumar que Emmerich había dejado a su vera—. Yo diría que no. Estaba un poco... Ya sabe. —Dibujó circulitos con el dedo a la altura de la sien—. Había perdido la chaveta y creía que pronto iría al Brasil. —Empezó a reír—. Esa idea le encantaba. Y luego tenía ese amigo que siempre le daba algo. ¿Cómo se llamaba? Creo que empezaba por Z.

—Zeiner —le refrescó la memoria otro de los hombres—. Harald Zeiner. Buena gente. Con un gran corazón.

—Jost era un hombre con suerte. Nosotros no le importamos a *naide*.

—¿Qué pasa con los cigarrillos? ¿Quién se los va a fumar? ¿Y a qué vienen todas estas preguntas? ¿Jost se ha metido en algún lío?

—¿Dónde puedo encontrar a ese tal Zeiner? —dijo Emmerich por toda respuesta.

—No tiene domicilio fijo. Duerme en camas de alquiler. Lo más probable es que lo encuentre en el Katzenbar. Allí tiene un trabajo desde hace poco.

—¿El Katzenbar? ¿Dónde está? —Pese a su conocimiento de la noche vienesa, Emmerich nunca había oído hablar de ese lugar.

—Y yo qué sé. ¿Tengo pinta de poder darme el lujo de ir a un bar elegante? Me doy con un canto en los dientes cuando puedo comprar la botella más barata en la taberna. Sin vaso y sin servicio. —El hombre empezaba a perder la paciencia—. ¿Qué pasa con los cigarrillos?

—¿Alguien sabe algo más? —preguntó Emmerich en voz alta, dirigiéndose a la multitud, a lo que respondieron con unos gruñidos de fastidio.

—Creo que sé a qué bar se refiere —susurró Winter.

Emmerich lo miró sorprendido, se levantó y expresó su agradecimiento a los vagabundos.

—Ha sido un honor, caballeros. —Se dio un golpecito en la gorra y echó a andar hacia la salida, dejando los pequeños tesoros en la cama.

Antes de que salieran de la sala, se desencadenó una tormenta de gritos e insultos.

—Yo me esperaré un poco —dijo Emmerich al hombre que encontraron en el pasillo con una gran olla en las manos—. Sería una lástima que la sopa acabara en el suelo.